

# REVOLUCIÓN, TRANSFORMACIÓN, COMPENSACIÓN

**E**stados Unidos es una nación tecnológica. Y es precisamente la sofisticación de su tecnología el principal símbolo de su poder. Con esta evocadora cita acerca de la fascinación que tiene EEUU por la tecnología comienza la obra *The Future of War*, publicada en 1998 por George Friedman –fundador de la consultora de inteligencia estratégica *Stratfor*– y su esposa Meredith. Basado en la idea de que las armas inteligentes revolucionarían la guerra y que la superioridad tecnológica estadounidense le garantizaría la supremacía militar futura, este libro fue escrito cuando el país se hallaba en una situación excepcional: su gran antagonista había desaparecido, EEUU se había consolidado como el único polo del poder global, el mundo disfrutaba de una aparente paz y estabilidad, muchas naciones del antiguo bloque comunista deseaban integrarse en Occidente, la economía americana volvía a despegar y su hegemonía bélica parecía garantizada mediante la conquista de una *Revolución en los Asuntos Militares* (RMA) que prometía inaugurar un estilo de combatir más limpio, eficaz, preciso y resolutivo.

Muchas de estas esperanzas se desvanecieron en Afganistán e Irak, cuya ocupación demostró una vez más la crudeza de la guerra. Aunque estas campañas demostraron las debilidades de este estilo de combatir en entornos irregulares y moderaron las proclamas de la década anterior; también permitieron al país madurar las tecnologías revolucionarias como las armas inteligentes, los *drones* o la cibernética, explotar nuevas formas de combatir y concebir las operaciones conjuntas en las dimensiones terrestre, aérea, naval, espacial y cibernética e identificar el soldado como el eslabón más débil de su maquinaria bélica. Hoy, consolidada la revolución, enterrada la Guerra contra el Terror, popularizadas las tecnologías que

conformaron el núcleo duro de la pasada RMA y con la mirada puesta hacia Asia-Pacífico, Washington vuelve a escuchar los cantos de sirena de la tecnología con la *Tercera Estrategia de Compensación* para incrementar la brecha tecnológica con sus adversarios, reemplazar su modelo de presencia avanzada y susceptible de culminar en una nueva revolución.

Precisamente, el trabajo reparará el planeamiento de la defensa estadounidense actual y destacará las pautas de continuidad existentes entre la RMA en los noventa y la Estrategia de Compensación que guiará los esfuerzos del Pentágono hasta 2030.

La caída del Muro de Berlín fue el detonante de una sucesión de cambios políticos que marcaron el fin del sistema internacional bipolar, situaron a EEUU en la cúspide del orden mundial y obligaron a reestructurar las políticas de defensa de los antiguos bloques.

En este contexto, el planeamiento de la defensa estadounidense estuvo marcado por el cobro del “dividendo de la paz”; la configuración de los pilares estratégicos del país para la posguerra fría y la búsqueda de una RMA que prometía proporcionar a sus ejércitos el dominio militar frente a cualquier oponente, permitiendo reducir tanto el gasto en defensa como apoyar la estrategia de primacía de Bush para construir el nuevo orden mundial. Posibilitada por la revolución de la información, basada en el liderazgo tecnológico-industrial del país y enfocada a ampliar la brecha militar con sus oponentes, la RMA parecía ser la solución a los interrogantes políticos que debía responder EEUU tras finalizar la Guerra Fría.

Sin embargo, el Pentágono inicialmente mostró un tibio interés por esta posibilidad porque tras la debacle de la URSS su principal prioridad era acomodar los pilares estratégicos del país a la inmediata posguerra fría y trazar una estrategia



**Guillem Colom Piella**  
*Doctor en Seguridad Internacional*

de primacía que le permitiera conservar la hegemonía política futura. Solamente algunos actores clave –como el secretario Cheney, el subsecretario Wolfowitz y el general Powell– que años después ocuparían importantes puestos en la Administración Bush Jr. y las fuerzas armadas se sumaron a las discusiones, atraídas por los efectos que podría tener esta revolución en la estrategia militar del país, en su estilo de lucha o porque podrían utilizarla como arma en sus pugnas internas por la asignación de recursos y la influencia política en una coyuntura marcada por la crisis financiera y el cobro del “dividendo de la paz”.

Fue necesario esperar a 1993 para que el Pentágono empezara a considerar la utilización de las posibilidades que brindaba la RMA para resolver algunos de los interrogantes estratégicos que debía afrontar el país, como ser capaz de combatir en dos conflictos geográficamente separados con una estructura de fuerzas más pequeña que la mantenida durante la Guerra Fría; y comenzara a plantearse la búsqueda de esta revolución que estimaba cada vez más vital para mantener la hegemonía en el campo de batalla y en los asuntos internacionales.

En 1996, el Pentágono apadrinó la revolución con la elaboración de la *Visión Conjunta 2010*. Esta guía para el desarrollo de las capacidades militares en el horizonte 2010 avalaba su existencia, identificaba las capacidades futuras de sus fuerzas armadas y trazaba el camino a seguir para alcanzar esta revolución que prometía inaugurar un “nuevo estilo americano de combatir”<sup>1</sup>. En 1997, la clase política hizo lo mismo con la primera *Revisión Cuatrienal de la Defensa* (QDR). Esta hoja de ruta que guiaría la política de defensa de la segunda administración Clinton no sólo reconocía su existencia y apadrinaba los pilares de la RMA identificados por la élite militar; sino que entendía que su logro era vital para afrontar los peligros futuros y contribuir a su hegemonía política hasta bien entrado el tercer milenio. Para ello, se propuso aprovechar la “pausa estratégica” que estaba viviendo el mundo para desarrollar las capacidades revolucionarias, acomodar la arquitectura militar del país a los riesgos futuros y modernizar los materiales heredados de la Guerra Fría para mantener fuerzas suficientes para participar en cualquier conflicto que pudiera desatarse mientras se diseñaba el ejército del siglo XXI. Este proceso enfocado a lograr la revolución y preparar el entramado defensivo estadounidense para satisfacer los riesgos y amenazas que pudieran materializarse en el horizonte 2020 recibió el nombre de Transformación.

Aunque esta hoja de ruta estimaba fundamental que EEUU transformara su poder militar para



conquistar la revolución y prepararse para un futuro incierto, la timidez de los cambios propuestos en la estructura de fuerzas y en el catálogo de capacidades militares; la baja dotación presupuestaria para el desarrollo y adquisición de nuevas capacidades y la alta participación de sus fuerzas armadas en operaciones de apoyo a la paz y gestión de crisis, paralizaron *de facto* la transformación hasta la llegada de Bush Jr. a la Casa Blanca.

Cautivado por las promesas de la RMA, asesorado por algunos de sus más acérrimos valedores y conocedor del papel que ésta tendría para apoyar la configuración del orden mundial del siglo XXI, el Presidente Bush y su secretario de Defensa Rumsfeld delinearon un ambicioso proceso de transformación para conquistar la revolución en el horizonte 2015-20 y preparar la arquitectura de defensa para satisfacer los retos emergentes. Para ello, trazaron una política de seguridad que enterrara el paradigma bélico de la Guerra Fría y emplazaron la transformación de la defensa como una de las prioridades de la administración republicana. No obstante, pronto ésta reemplazó a la revolución como marco del planeamiento militar estadounidense. El 11-S no sólo acabó con la “pausa estratégica” iniciada tras la desaparición del Pacto de Varsovia y marcó el inicio de una Guerra contra el Terror que se dilataría hasta la eliminación de Osama Bin Laden y cuyos efectos todavía perduran; sino que obligó a la Casa Blanca a replantear su política de defensa, convenciéndola de la urgencia de acomodar su arquitectura de seguridad al siglo XXI.

Fundamentada en torno a la búsqueda de Bin Laden, el desmantelamiento de Al Qaeda y las

campañas afgana e iraquí, la Guerra contra el Terror sirvió para descubrir los límites del poder militar estadounidense, acabar con la aparente unipolaridad del orden internacional de la posguerra fría y facilitar el auge de nuevas potencias capaces de limitar la influencia y disputar la hegemonía regional a EEUU.

La puesta de largo del nuevo estilo americano de luchar se produjo en Afganistán, donde una pequeña fuerza constituida específicamente para la *Operación Libertad Duradera*, con apoyo aéreo permanente, colaborando con la Alianza del Norte, equipada con modernas tecnologías y usando sofisticadas tácticas derrocó al régimen talibán, aisló a Al Qaeda en las montañas y en el vecino Pakistán e instauró un gobierno de transición afín a Occidente en poco más de un mes. Esta victoria sorprendió al Pentágono, que pregonó que la forma en que se había librado la guerra era un signo inequívoco de que la revolución estaba a punto de consolidarse; por lo que propuso acelerar la transformación.

Pocos meses después se iniciaron los preparativos para invadir Irak. Determinado a superar la sombra de Vietnam, el Pentágono diseñó un plan de operaciones que explotara la revolución e impulsara la transformación. Tras un breve despliegue y concentración de fuerzas que disuadiera al régimen baathista sin obstruir las labores diplomáticas con Bagdad, una fuerza conjunta terrestre-anfibia con permanente apoyo aéreo paralizó el gobierno iraquí, causó una total confusión entre las filas de sus ejércitos, anuló la oposición militar y logró una victoria fulminante, aplastante y aparentemente decisiva en semanas.

Ambos triunfos parecían validar los frutos de la revolución, el potencial de la transformación y la eficacia del nuevo estilo militar americano. Sin embargo, tras el paso de las operaciones de combate a las labores de estabilización, el pequeño volumen de fuerzas empleado, el armamento utilizado, el limitado adiestramiento en materia de estabilización, reconstrucción o antiterrorismo, el desconocimiento de ambas sociedades o la falta de inteligencia humana sobre el terreno; combinados éstos con la inexistencia de planes coherentes para la pacificación o las equivocadas decisiones tomadas tras derrocar ambos regímenes, coadyuvaban para que estallara una insurgencia que puso en jaque a las autoridades locales y ha forzado a la comunidad internacional a dilatar la salida de Afganistán y forjar una coalición contra *Daesh* en Irak.

La aparición de la insurgencia cogió desprevenido al Pentágono que, seducido por la tecnología, había olvidado que la guerra es un choque de voluntades opuestas y que cualquier actor intenta explotar las debilidades de su opo-

nente, combate con los medios que tiene a su disposición y usa las estrategias que mayores réditos le proporciona. Así, frente al tecnocéntrico estilo militar estadounidense, las insurgencias afgana e iraquí concibieron respuestas que explotaban las limitaciones del estilo militar y las vulnerabilidades del país.

La insurgencia no sólo reveló las carencias del nuevo estilo militar estadounidense en ambientes de baja intensidad y las limitaciones del modelo tecnocéntrico de la RMA; sino también lo difícil que es pacificar territorios hostiles, el precio humano y material que entraña cualquier cambio de régimen político por la fuerza o los nuevos requerimientos operativos motivadas por la participación en ambas campañas. Estos factores motivaron el abandono de la RMA de la agenda americana y un cambio de rumbo de la transformación –de prepararse para los conflictos futuros a resolver los problemas presentes– que los ejércitos apadrinaron inmediatamente pero que no se formalizó hasta la QDR 2006 –que establecía las líneas maestras de la defensa del segundo mandato de Bush– y el nombramiento de Robert Gates como titular del Pentágono.

Este giro motivó que durante su estancia al frente del Departamento, Gates centrara sus esfuerzos en la conducción de las campañas afgana e iraquí y la generación de capacidades adecuadas para la estabilización posconflicto, la construcción nacional o la contrainsurgencia. Ello se materializó mediante ajustes en el planeamiento de la defensa (priorizando la resolución de los problemas identificados), programación militar (redefiniendo, ralentizando o aplazando la compra de los grandes programas para liberar fondos que permitieran adquirir los materiales necesarios para las misiones presentes), estructura de gasto (sufragando las misiones en curso y manteniendo los estándares de adiestramiento y los planes de modernización) y estructura de fuerzas (incrementando los efectivos del Ejército y los Marines, reconviertiendo grupos de artillería en unidades de infantería, incrementando las fuerzas de operaciones especiales, unidades de cooperación civil-militar, replanteando los ciclos de despliegue o regulando la presencia de contratistas); y se consolidó en 2008 con la firma de la *Directiva de Defensa 3000.07*, que situaba a la guerra irregular en el mismo plano que la convencional y requería a los ejércitos realizar cuántos cambios fueran necesarios para combatir en ambos tipos de conflicto.

Sin embargo, la eliminación de Bin Laden permitió a Obama cerrar la Guerra contra el Terror, adelantar los repliegues de Irak (2011) y Afganistán (2014, pospuesto hasta 2017); y sustituir el modelo estratégico vigente por un nuevo marco que guiará el planeamiento de de-

fensa durante las próximas décadas. Condicionado tanto por las lecciones aprendidas de diez años de guerra –en especial las carencias de unas fuerzas armadas preparadas para luchar contra oponentes tecnológicamente avanzados cuando ha tenido que librar una guerra irregular, el coste que entraña el cambio de un régimen político por la fuerza y los límites del estilo americano de combatir– como por la situación doméstica e internacional actual, éste vuelve a enfocarse hacia el mantenimiento de la supremacía bélica frente a cualquier enemigo futuro con el arranque de un nuevo proceso de innovación capaz de motivar una nueva RMA.

Y es que si bien la Guerra contra el Terror ha tenido funestos efectos sobre la política estadounidense y la seguridad internacional, ha revelado los límites de su poder militar y ha facilitado la consolidación de nuevos poderes regionales capaces de competir con Washington; ésta también ha vuelto a demostrar la imbatibilidad convencional del país, expuesto la brecha militar que existe con sus competidores y ha madurado las tecnologías y capacidades potencialmente revolucionarias (especialmente los *drones*, la robótica y la cibernética) hasta alcanzar la esperada RMA que ha supuesto un gran salto cualitativo en la forma de luchar, puesto que la forma en que EEUU lucha hoy poco tiene que ver como lo hacía en el pasado. A pesar de ello, su supremacía militar ya no parece ser tan grande debido a la difusión de las tecnologías que articularon la pasada revolución y su integración en estrategias asimétricas; por la crisis económica, que ha obligado a reducir el montante total de la defensa y por la Guerra contra el Terror, que ha consumido vastos recursos, erosionado la institución militar, obligado a generar capacidades de limitada utilidad para conflictos de alta intensidad e impedido implementar los programas de modernización proyectados en los años anteriores. Aunque este nuevo modelo más afín a la cultura estratégica estadounidense comenzó a articularse en 2012 con la presentación de la *Guía Estratégica de la Defensa*, se consolidó en 2014 con la Tercera Compensación.

Fundamentada en el legado de la RMA y en el liderazgo tecnológico de la industria americana<sup>2</sup> este proceso de innovación pretende resolver los interrogantes estratégicos que debe afrontar Washington tras la Guerra contra el Terror y mantener –tal y como había prometido en la posguerra fría la RMA– el nivel de ambición militar con menos recursos económicos, humanos o materiales y mayores constricciones políticas y ampliar la brecha de capacidades con sus adversarios. Más específicamente, se pretende incrementar la capacidad del país para proyectar

su poder en entornos *anti acceso* y *de negación de área* (A2/AD)<sup>3</sup>, reforzar la disuasión convencional e imponer un elevado coste de oportunidad a los potenciales adversarios que pretendan competir con el país en materia tecnológica.

Y es que desde 1991, los adversarios del país han estudiado las características del nuevo estilo americano de combatir y se han dotado de las tecnologías (sistemas C4ISR<sup>1</sup> para digitalizar el campo de batalla, armas inteligentes para batir los objetivos enemigos y plataformas invisibles o no tripuladas para entrar en áreas de riesgo) y capacidades (acción conjunta, guerra en red,



operaciones especiales o ciberguerra) vinculadas con la RMA. Por otro lado, también han desarrollado respuestas –como las medidas A2/AD– para impedir que Washington proyecte su poder y explote su potencial tecnológico-militar.

En otras palabras, la difusión de las tecnologías que brindaron al país la supremacía bélica en la posguerra fría y que sentaron las bases de la RMA, junto con el desarrollo de medios A2/AD específicamente diseñados para limitar su superioridad militar, están incrementando la vulnerabilidad de las bases avanzadas, los buques de superficie, los aviones tripulados o los satélites espaciales. Ello reduce la brecha militar que produjo la RMA y reduce la utilidad del paradigma de presencia y proyección del poder vigente desde los albores de la Guerra Fría. Y cuando ello suceda, su modelo de disuasión convencional se verá comprometido, el impacto de su presencia avanzada sobre la estabilidad regional se verá limitado y su papel de superpotencia se verá dañado. En consecuencia, es probable que los aliados de Washington – en especial aquellos situados en Asia-Pacífico u Oriente Medio – cuestionen la capacidad del país para defenderlos en caso de necesidad, motivando

un dilema de seguridad susceptible de iniciar nuevas carreras de armamentos, facilitar la proliferación nuclear e incluso transformar el actual sistema de alianzas.

En consecuencia, la Tercera Compensación se fundamenta en el legado de la RMA y en el potencial tecnológico norteamericano para ampliar nuevamente la brecha militar entre EEUU y sus oponentes, garantizar la capacidad para proyectar su poder a cualquier punto del globo y reforzar los compromisos de seguridad existentes entre el país y sus aliados<sup>4</sup>.

Para posibilitar el logro de estos objetivos, el Pentágono trazará dos líneas de acción: por un lado, explotará la supremacía que EEUU mantiene en capacidades militares clave de la RMA para garantizar, con un ejército más pequeño pero tecnificado, la presencia avanzada y la proyección del poder en entornos A2/AD mientras refuerza su liderazgo estratégico y obliga a sus oponentes a emprender una carrera de armamentos que probablemente no podrán seguir. Por otro, priorizará la disuasión convencional por negación y la disuasión por castigo. En cualquier caso, si no puede evitar la agresión contra los intereses estadounidenses o sobre sus aliados, Washington debe ser capaz de responder rápida y decisivamente para detener el ataque, forzar el cese de las hostilidades o lograr una victoria incontestable sobre el enemigo.

Planteada como la respuesta a los interrogantes estratégicos que se ciernen sobre EEUU, la Tercera Compensación guiará el planeamiento de la defensa del país hasta 2030. Sin embargo, asumiendo que ésta empezará a implementarse en un entorno presupuestario restrictivo; que varios proyectos de modernización no pueden dilatarse (el arsenal nuclear, el escudo antimisiles, los satélites o las cibercapacidades) y que tanto el desarrollo de los proyectos como la adquisición de los programas no podrá sufragarse incrementando el gasto o solicitando créditos extraordinarios, el Pentágono combinará los medios que han entrado en servicio desde 1991 con el desarrollo de nuevas armas –drones estratégicos furtivos, nuevos bombarderos invisibles, robots de combate, ciberarmas, sistemas C4ISR o cañones electromagnéticos– que se convertirán en los puntales tecnológicos de las guerras del futuro.

Aunque esta estrategia guiará el planeamiento de defensa estadounidense hasta 2030, su desarrollo –y más concretamente la adquisición de los medios materiales, la obtención de los habilitadores necesarios o la investigación de las tecnologías revolucionarias– en un contexto marcado por la escasez de recursos requerirá implementar impopulares medidas que motivarán controversias entre la clase política e indus-

trial y resistencias corporativas en el estamento militar. Por un lado, se deberá modificar la estructura de fuerzas, el catálogo de capacidades, los patrones de despliegue y los equilibrios institucionales entre los tres ejércitos fijados por la QDR para el periodo 2014-19. Por el otro, se deberá replantear la estructura de gasto del Pentágono para garantizar la financiación de los programas armamentísticos relacionados con la Tercera Compensación<sup>6</sup>. El desarrollo y adquisición de estos proyectos precisará unos fondos que deberán obtenerse con la reducción de la estructura de fuerzas, la racionalización de infraestructuras, procesos y programas, la externalización de servicios o la suspensión –como paso previo a la baja definitiva– de los planes de modernización de todos aquellos materiales considerados obsoletos para la nueva estrategia e incapaces de sobrevivir en entornos A2/AD, caso de la aviación de reconocimiento no furtiva, la aviación táctica tripulada o las unidades mecanizadas<sup>7</sup>.

## CONCLUSIONES

A pesar de las transformaciones acaecidas en el panorama internacional desde el final de la Guerra Fría, las reflexiones del Pentágono han girado en torno a la innovación tecnológica como motor del cambio militar y su planeamiento de la defensa se ha basado –exceptuando la Guerra contra el Terror, que alteró el orden de prioridades propuesto inicialmente– en el mantenimiento de una brecha tecnológico-militar con sus potenciales adversarios como herramienta para lograr la supremacía bélica y la hegemonía política. Este tecnocentrismo no se explica solamente por el liderazgo tecnológico del país o por la capacidad de innovación de su industria; sino también por una cultura estratégica que prioriza la búsqueda de soluciones tecnológicas a cualquier problema estratégico, operativo o táctico que se cierna sobre el país.

En este sentido, en la inmediata posguerra fría su planeamiento defensivo estuvo marcado por la búsqueda de una revolución que no sólo prometía contribuir al dividendo de la paz y solventar los interrogantes estratégicos del país una vez desaparecida la amenaza soviética; sino también ampliar su supremacía bélica frente a cualquiera de sus adversarios futuros. Aunque Afganistán e Irak revelaron el nuevo rostro de la guerra y expusieron las limitaciones del estilo



estadounidense de combatir, estos conflictos también permitieron acelerar la transformación hasta lograr la revolución. Sin embargo, mientras Washington articulaba este cambio en la forma de combatir, las tecnologías vinculadas con la revolución se difundían globalmente, su acceso se democratizaba y numerosos países emulaban el modelo militar estadounidense, intentaban asi-



mililar la revolución y adaptarla a sus necesidades o concebían medidas para acabar con la superioridad de esta RMA.

Hoy en día, cerrada la Guerra contra el Terror y con la mirada puesta en la región Asia-Pacífico, el Pentágono ha lanzado un nuevo proceso de innovación susceptible de motivar una nueva RMA. Basada en las capacidades tecnológicas del país, enfocada a garantizar la capacidad de acceso a cualquier punto del globo con independencia de las medidas A2/AD enemigas y orientada tanto a incrementar el vínculo con sus aliados y socios como forzar a los potenciales competidores a iniciar una carrera de armamentos que sus complejos militares-industriales no deberían poder seguir en el corto-medio plazo, la consecución de la Tercera Compensación motivará el desarrollo de nuevos con-

ceptos operativos, capacidades militares y estilos de planear y conducir las operaciones y podrá consolidar una nueva RMA.

Sin embargo, al volcar nuevamente su atención en la supremacía tecnológica como herramienta para garantizar la hegemonía política y orientar latentemente la estrategia hacia China, EEUU no sólo corre el riesgo de olvidar las enseñanzas de la Guerra contra el Terror y obviar las tendencias estratégicas ajenas a la alta política, sino también convertir un hipotético conflicto entre Washington y Beijing en una profecía autocumplida. El tiempo dirá cómo se configura y consolida este nuevo proceso de innovación militar que, de tener éxito, motivará una nueva RMA que entrañará un nuevo salto en el arte de la guerra. ●

## NOTAS

<sup>1</sup>El *New American Way of War* fue concebido a finales de la década de 1990 para definir el estilo militar propio de la RMA que, fundamentado en la superioridad tecnológica, el pleno conocimiento del campo de batalla y la capacidad para realizar ataques de precisión desde grandes distancias, permitiría al país obtener victorias rápidas, limpias y contundentes frente a cualquier adversario (Boot, Max. 2003. The New American Way of War. *Foreign Affairs* 82(4): 41-58).

<sup>2</sup>Aunque tradicionalmente la mayoría de los avances tecnológicos procedían del ámbito militar –y en el caso estadounidense, de DARPA– hoy muchas de las tecnologías punteras (robótica, guía remota, visualización, biotecnología, miniaturización, computación avanzada y *big data* o impresión 3D) proceden del sector civil. De hecho, ésta es la idea sobre la que se basa el *Plan de Investigación y Desarrollo a largo Plazo* (2014) que apoyará las propuestas tecnológicas de la industria civil norteamericana para madurarlas e integrarlas en los sistemas que serán esenciales para consolidar esta estrategia.

<sup>3</sup>En términos generales, mientras las estrategias anti-acceso pretenden dificultar el despliegue de fuerzas en el teatro de operaciones, las de negación de área buscan dificultar la conducción de operaciones en zonas donde el adversario no impide el acceso. Aunque las medidas A2/AD han sido una preocupación latente de los estrategas americanos desde la Administración Clinton, la proliferación de sistemas anti-aéreos, misiles antibuque, misiles de crucero, armas antisubmarinas y una amplia gama de medios asimétricos por parte de países como China o Irán están obligando a Washington a plantear cómo proyectar el poder en estos entornos y lanzar la Tercera Compensación (Tangredi, Sam. 2013. *Anti-Access Warfare: Countering A2/AD Strategies*. Annapolis: USNI).

<sup>4</sup>Martínage, Robert. 2014. *Toward a New Offset Strategy: Exploiting U.S. Long-Term Advantages to Restore U.S. Global Power Projection Capability*, Washington DC: CSBA.

<sup>5</sup>Precisamente, muchos sistemas armamentísticos que entran en servicio entonces –como el tanque M1-Abrams, el helicóptero de ataque AH-64 Apache, el misil de crucero Tomahawk, los aviones invisibles F-117 Nighthawk y B-2 Spirit o el sistema anti-aéreo AEGIS que montan muchos navíos, por poner algunos ejemplos– eran producto de la Segunda Compensación y constituyeron la base de la pasada RMA.

<sup>6</sup>Brimley, Shawn et al. 2015. *Ideas in Action: Suggestions for the 25th Secretary of Defense*. Washington DC: CNAS.

<sup>7</sup>Carter, Ashton. 2014. *Running the Pentagon Right: How to Get the Troops What They Need*. *Foreign Affairs* 93(1): 101-112.